



## MISA CRISMAL

### Concatedral de San Nicolás, 21 de Marzo de 2016

En el Año Jubilar de la Misericordia, tienen una especial resonancia las palabras que hemos escuchado del libro del profeta Isaías, retomadas por el Señor en el Evangelio proclamado en esta Misa Crismal.

De regreso a su patria, Nazaret, tras el bautismo en el Jordán, Jesús aplicó solemnemente a sí mismo las palabras del profeta: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido”* (Lc 4,18). Gracias a la unción del Espíritu, Jesús predicaba la Buena Nueva, curaba a los enfermos, consolaba a los afligidos y realizaba todas sus obras de misericordia. El Espíritu Santo, que en la Trinidad es el amor personificado, es también la misericordia de Dios personificada. Y es, también, aquel a través del cual Jesús continúa, como resucitado, su obra de pasar *“haciendo el bien y curando a todos”* (Hch 10,38).

Obra suya es de modo especial el sacramento de la misericordia, como recuerdan las palabras que pronuncia el confesor al conferir la absolución sacramental al penitente: *“Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz”*.

El bálsamo que significan los Óleos y que ofrece la Iglesia, es el don del Espíritu Santo, bálsamo que fortalece y configura, que perdona y sana, manantial de sabiduría y de paz. Todo ello de muy antiguo ha sido contemplado en la fe de la Iglesia, hasta el punto de que algunos Padres, como es el caso de Orígenes, llegarán a ver simbolizado al Espíritu Santo en el aceite que el Buen Samaritano derrama sobre aquel hombre herido y abandonado de la parábola, hermosa imagen, sumamente evocadora en este Año de la Misericordia.

Gusta el papa Francisco, gran inspirador de que la misericordia se ponga en el primer plano de la vida y la reflexión de la Iglesia, de usar la imagen de la Iglesia como hospital de campaña, como ámbito que acoge para atender y curar las heridas del hombre de hoy, como gran mediación que aplica la acción sanadora y regeneradora del Espíritu Santo.

En nuestros días, una obra importantísima del Espíritu Santo, en lo concerniente también a la misericordia, es la de cambiar en el corazón de los hombres la imagen que estos tienen de Dios. Una de las causas, tal vez la principal, de la alienación que el hombre de hoy siente por la religión y la fe, es la imagen distorsionada que este tiene de Dios. Esta es también la causa, en muchos, de un cristianismo apagado, sin empuje y sin alegría, vivido más como deber que como don, más como andamiaje y ley que como acontecimiento y gracia.

En tiempos recientes, históricamente, se ha explotado mucho un nefasto resentimiento contra Dios por el sufrimiento humano, sobre todo por el sufrimiento de los inocentes. A Europa, de la que tanto hablamos estos días por el grave asunto de los refugiados, quizás se le murió mucho el alma (la fe) desde el sufrimiento de tantos inocentes masacrados en diversas guerras –también en la nuestra y en nuestro país- y en diversos sistemas opresores que llenaron el siglo XX. No en balde se ha escrito que “el sufrimiento de los inocentes es la roca del ateísmo”.

En los próximos días Santos, precisamente, vamos a contemplar a Dios que sufre, al gran Inocente que sufre y es condenado, que comparte el dolor y la muerte del hombre en su Hijo, inocente entregado e inmolado, y esto plenamente, realmente; imagen de un Dios, Padre Bueno, que puede vencer al mal y que quiere vencer al mal, pero que lo hace con un nuevo género de victoria, sin destruir, sin quitar la libertad al hombre, y sólo por medio del amor, tomando el mal sobre sí mismo y transformándolo en bien, y esto totalmente y para la eternidad.

Sería un fruto magnífico del Año de la Misericordia que éste sirviera para restituirnos la verdadera imagen de Dios Padre, que Jesús –especialmente con su entrega en la Pasión y Cruz- ha venido a revelarnos en la tierra. Por este mensaje de amor de Dios, debemos trabajar, entusiasmarnos, dedicar la vida, especialmente nosotros sacerdotes que renovamos hoy nuestras promesas, nuestro compromiso consciente, vivo e ilusionado de amar y servir como El, como el Señor que vino a dar la vida para salvarnos.

Que la unción del Espíritu nos aumente el don de la fe para conocer el amor del Padre, para encontramos con el rostro de su bondad que es Cristo, nuestro consuelo, y de tal modo que, como señalaba el Papa Francisco en el mensaje de la Cuaresma de este año, nos “ *cambie el corazón* ” impulsándonos a consolar, a curar, capacitándonos para ser verdaderamente como el Padre, misericordiosos.

Hacer el bien, curar, es actuar “ *mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios* ”, como nos dice el Apóstol (2Cor1,4); y es que de lo que se trata es de actuar sin conformarnos con repetir tan solo palabras y gestos humanos, sino ofreciéndonos a ser mediación del consuelo que viene del Señor. Pidiendo y deseando que sea Dios el que consuele, cure y actúe por medio nuestro.

En efecto, el Espíritu Santo, por la unción bautismal, tiene nuestras manos, nuestros ojos, nuestra boca para “dar cuerpo” a su consolación, a la actuación de su misericordia. Y especialmente nosotros, sacerdotes, por la unción sacramental, por el Sacramento del Orden, hemos sido consagrados para ser, por su gracia, ministros, mediaciones, apóstoles de su misericordia y presencia de Cristo cabeza que guía y da la vida por su Cuerpo que es la Iglesia.

A todos los cristianos manifiesta San Pablo su deseo: *“consolaos mutuamente”* (1 Tes 5,11); pero de modo concreto los ministros ordenados de la Iglesia debemos sentirnos especialmente enviados a curar y consolar en una época calificada por el papa Francisco, en su último libro, como *“un kairós de misericordia”*, evocando al respecto las palabras de S. Juan XXIII en la solemne apertura del Concilio Vaticano II: *“la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia en lugar de empuñar las armas del rigor”*. Sacerdotes, pues, de una *“Iglesia que caliente el corazón de las personas con la cercanía y la proximidad”* (Francisco, *“El nombre de Dios es misericordia”*, pp.26-28).

El Espíritu Santo viene a consagrar estos Santos Oleos; por medio de ellos seguirá llenando de su amor a cuantos sean ungidos, desde los inicios como catecúmenos, hasta los límites de la vida misma, en personas afectadas por el sufrimiento y la enfermedad, pasando por la unción de aquellos que serán fortalecidos por el Espíritu para ser testigos del Señor y para ser servidores y ministros suyos, hasta el punto de hacer presente a Cristo en medio de su Pueblo.

Estos Santos Oleos repartidos por toda la geografía diocesana expresarán la gran comunión que el Espíritu realiza entre nosotros, y serán portadores de su fuerza que levanta testigos, misioneros de su misericordia, apóstoles de su amor desde un extremo a otro de nuestras tierras.

En esta Eucaristía, anticipo y vivencia singular del Jueves Santo, pidamos por tantas necesidades que hoy sentimos ante el Señor; pidamos todo por medio de María, a quien la piedad cristiana honra con los títulos entrañables de *“madre de misericordia”*, *“abogada de los pecadores”*, *“consoladora de los afligidos”*. Ella, ciertamente, es remedio y madre para nosotros. *“Ella la Madre de Jesús –que como nos dice el Vaticano II- precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor”* (LG 68). Así sea.



✠ Jesús Murgui Soriano  
Obispo de Orihuela-Alicante